

diversiones, que son el escollo ordinario de la inocencia. Sea tu traje conforme á tu condicion y á tu estado; pero ten entendido que la modestia cristiana es la gala mas preciosa. Renueva en la misa, despues de la consagracion, las promesas que hiciste en el bautismo. Haz pública profesion de ser cristiano, y haz una santa vanidad de no ser ya mundano.

DIA VEINTE Y OCHO.

SAN SIXTO, PAPA.

San Sixto, papa, tercero de este nombre, fué romano; nació hácia el fin del siglo cuarto. El zelo con que combatió las herejias de su tiempo, aun cuando no era mas que presbitero, y la honra de ser elevado al sacerdocio en un tiempo en que solamente se ascendia á esta alta dignidad por los méritos de una notoria virtud, acreditan la que ya tenia cuando jóven, y los progresos que habia hecho en la ciencia de los santos.

Conociendo los pelagianos cuánta honra aumentaria á su partido el nombre solo del presbitero Sixto, si llegase á publicarse que seguia sus errores, osaron alabarse, con aquel descaro en mentir que es tan comun en los sectarios, de que le tenian por protector y como por jefe de su doctrina. Entendiólo nuestro santo, y desengañó luego al público. No solamente anatematizó el pelagianismo en presencia de todo el pueblo, sino que refutó sólidamente en sus epistolas los dogmas de aquellos herejes; y con el terror de las leyes imperiales que solicitó, estrechó á muchos de ellos á abjurar sus errores. Acompañó la carta del

T. 3.

P. 612.



SAN SIXTO, PAPA.

papa Zósimo sobre la condenacion de Pelagio, con una carta á Aurelio de Cartago y con otra á san Agustin. Este santo doctor le escribió dos sobre el mismo asunto, congratulándole por el zelo que mostrara contra los pelagianos.

« No podemos explicaros, le dice en la primera, el gozo que nos ha causado vuestra carta. No me contenté con leer la que escribisteis al santo obispo Aurelio, sino que hice sacar muchas copias de ella, para que hecha pública, fuesen notorios á todos vuestros piadosos dictámenes sobre esos perniciosos dogmas, que tiran á aniquilar la divina gracia que concede Dios á los grandes y á los pequeños. Aun con mayor satisfaccion leí el excelente libro que compusisteis en defensa de la gracia de Jesucristo, y hago cuanto puedo para que le lea todo el mundo. Porque ¿puede haber lectura mas grata que una defensa tan pura de la gracia de Dios contra sus declarados enemigos, y esto por la misma boca de aquel á quien ellos proclamaban como á su protector y corifeo? *Ex ore ejus, qui eorumdem inimicorum magni momenti patronus antè jactabatur.* » En la segunda carta, da san Agustin la enhorabuena á san Sixto de haber sido el primero que condenó públicamente los errores de Pelagio, cuando todavia no era mas que presbítero.

Muerto el papa san Celestino, se creyó que no podia señalársele mas digno sucesor que á nuestro Sixto. Y así fué elevado al pontificado el dia 26 de abril del año 432, con aplauso tan general del clero y pueblo, que apenas habia memoria de otro igual.

Luego que se vió en la silla de san Pedro, dedicó todos sus desvelos á extirpar las perniciosas herejias, que no obstante de estar todavia como en la cuna, hacian gemir á toda la Iglesia.

El año de 430 habia sido condenado en Roma por san Celestino el impio heresiarea Nestorio, y el año 431

lo habia sido en Éfeso por el concilio general, que deponiéndole de su silla abacial, le desterró al monasterio de san Euprepio en Antioquia. Compadecido san Sixto, como buen pastor, de aquella oveja enferma y descarriada, procuró curarla y reducirla al aprisco de la fe; pero tan inútilmente, que aquel infeliz herejarca y sus parciales, abusando de la dulzura y de la benignidad con que el santo le habia escrito, tuvieron aliento para publicar que no les era contrario. Presto se desengañó el público de esta grosera calumnia; porque despues que Juan de Antioquia abandonó el partido de Nestorio, san Sixto escribió á este y á san Cirilo cartas de congratulacion, exhortándolos á trabajar en la conversion de los herejes, y á recibir con caridad á los que de buena fe se redujesen al gremio de la Religion; pero que se mostrasen severos é inexorables con los que perseverasen tercios en sus errores. Fué sin duda despues de estas cartas del santo pontífice, que obstinándose el infeliz Nestorio en su impiedad, fué sacado de su monasterio, y enviado á destierro, donde murió desgraciadamente sin seña alguna de arrepentimiento. Dicese que antes de morir se le llenó la lengua de asquerosísimos gusanos, los cuales se la despedazaban, en castigo sin duda de las blasfemias que habia vomitado contra la santísima Virgen, á la cual nunca quiso llamar madre de Dios.

Siendo nuestro santo enemigo tan declarado de los herejes, no era posible estuyese á cubierto de sus acostumbradas calumnias. Hasta entonces solamente se habian atrevido á desacreditar su doctrina; ahora llegó la desvergüenza hasta á atacar la pureza de sus costumbres. Un miserable, llamado Baso, persona de calidad, pero casi sin religion, acusó á Sixto de cierto delito enorme. La acusacion hecha pública pareció tan atroz, y el ruido que metió causó tal escándalo,

que creyó el emperador Valentiniano era necesario convocar un concilio donde fuese juridicamente declarada la inocencia del santo pontífice, y reparado solemnemente su honor. Juntóse un concilio compuesto de cincuenta y seis obispos; examinóse la causa, hizose patente la inocencia de Sixto, y el calumniador fué condenado por sentencia eclesiástica, y canónicamente excomulgado. Indignáronse tanto contra él así el emperador como su madre la emperatriz Placidia, que despues de haberle desterrado, confiscaron todos sus bienes á beneficio de la Iglesia. Tres meses despues murió Baso con señas de grande arrepentimiento; y el caritativo Sixto le asistió con grande amor en su última enfermedad, le absolvió de la excomunion, le administró el santo viático, y con sus propias manos le dió eclesiástica sepultura.

No es fácil explicar el ardor y el activo zelo con que el vigilante pontífice se aplicó á sufocar todas esas perniciosas novedades, á resucitar en la Iglesia el primitivo fervor, y á renovar el vigor de la disciplina eclesiástica. La iglesia de Ravena le debe la dicha de haber logrado por obispo á san Pedro Crisólogo, cuya virtud conoció nuestro santo por divina revelacion.

Deseando con ansia ambiciosa Juliano de Eclana, famoso pelagiano, ser restituido á su silla episcopal, de que habia sido justísimamente depuesto y despojado, fingiéndose convertido, se valió de todo género de artificios para persuadirse á san Sixto; pero descubriendo el santo por entre aquellas bellas exterioridades la malignidad de aquel hereje embustero y disimulado, se mantuvo siempre inflexible.

La solicitud pastoral con que atendia á todas las necesidades de la iglesia, y los inmensos afanes que se daba para proveer á todo, no le impidieron ocuparse en pormenores de magnificencia y liberalidad

á favor de las iglesias de Roma; lo que prueba cuan grande era su genio y cuan eminente su piedad.

Por la tierna devocion que profesaba á la santísima Virgen, se movió á reparar la antigua basilica de Liberio, consagrada á la Madre de Dios, y que se llamó desde entonces Santa Maria la Mayor. Enriquecióla con un altar de plata maciza, con gran número de cálices, de candeleros, de incensarios, de coronas y de otros vasos de oro y plata de subidísimo precio, y la dotó con una renta perpetua de setecientos veinte y nueve sueldos de oro anuales. Dió al bautisterio de Santa Maria todos los vasos de plata necesarios. A la iglesia de san Pedro regaló un ornamento de plata de peso de cuatrocientas libras. En la de san Lorenzo erigió columnas de pórfido y de plata, adornándola con una primorosa balaustrada, y con una estatua del santo de mucho coste. En fin, son pocas las iglesias antiguas de Roma donde no se conserven grandes monumentos de la munificencia de este gran pontífice; el cual, despues de haber gobernado con prudencia consumada la silla de san Pedro cerca de ocho años, edificando á la Iglesia con sus heroicas virtudes, con su vasto y fervoroso zelo, siendo tan odiado de los herejes como venerado y amado de los católicos, murió en Roma el año 440. Fué enterrado su santo cuerpo en la catacumba de san Lorenzo, sobre el camino de Tivoli, y tuvo por sucesor en el pontificado á san Leon el Grande, que habia sido como discípulo suyo.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Cesarea de Palestina, el tránsito de los santos mártires Prisco, Malco y Alejandro, los cuales, en la persecucion de Valeriano, viviendo en un arrabal de aquella ciudad, y viendo que en ella podian lograr la corona del martirio, inflamados por Dios en zelo

de la fe, de su propio grado se presentaron al juez, reprendiéndole valerosamente la crueldad con que trataba á los cristianos; por lo cual el juez mandó que inmediatamente los echasen á las fieras para que los devorasen.

En Tarso en Cilicia, los santos mártires Castor y Doroteo.

En África, los santos mártires Rogato, Suceso, y otros diez y seis.

En Roma, san Sixto III, papa y confesor.

En Norcia, san Esperanza, abad, hombre de maravillosa paciencia, cuya alma, cuando espiró, vieron todos los monjes subir al cielo en figura de paloma.

En Chalon, en Francia, la muerte de san Gontran, rey de Francia, el cual se entregó con tal fervor á los ejercicios de piedad, que renunciando las pompas del siglo, distribuyó todos sus tesoros á la iglesia y á los pobres.

La misa es en honra del santo, y la oracion la que sigue.

Da, quæsumus, omnipotens Deus, ut beati Sixti confessoris tui atque pontificis veneranda solemnitas, et devotionem nobis augeat, et salutem. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, ó Dios todopoderoso, que en esta venerable solemnidad de tu confesor y pontífice san Sixto, aumentes en nosotros la devocion y el deseo de nuestra salvacion. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es del capitulo 6 de la primera del apóstol san Pablo á Timotéo.

Charissime: Nihil intulimus in hunc mundum: haud dubium quod nec auferre quid possimus. Habentes autem alimenta, et quibus tegamur, his contenti sumus. Nam qui

Carísimo: Nada hemos traído á este mundo; y no hay duda tampoco de que nada podemos sacar de él. Pero teniendo alimentos, y con qué cubrirnos, estemos contentos con esto.

volunt, divites fieri incidunt in tentationem, et in laqueum diaboli, et desideria multa inutilia, et nociva, quæ mergunt homines in interitum, et perditionem. Radix enim omnium malorum est cupiditas.

Porque los que quieren enriquecerse, caen en la tentacion, y en el lazo del diablo, y en muchos deseos inútiles y nocivos que sumergen al hombre en la muerte y en la perdicion. Porque la raiz de todos los males es la avaricia.

NOTA.

« Al partirse el apóstol san Pablo á Macedonia, » dejó á su discípulo Timoteo en Éfeso, metrópoli de » la Asia menor, para que cuidase de aquella iglesia, » con ánimo de volver presto á juntarse con él. Pero » habiendo sabido que algunos falsos maestros comenzaban á turbar aquella cristiandad, sembrando » en ella varios errores, le escribió sin perder tiempo » esta epistola para detener el torrente de las doctrinas perniciosas. »

REFLEXIONES.

Habentes autem alimenta, et quibus tegamur, his contenti sumus: en teniendo con que sustentarnos, y con que cubrir nuestra desnudez, estamos contentos. ¡Cuan poquitos son los que toman gusto á este lenguaje del Apóstol! ¡á cuan poquitos acomoda esta doctrina! Mucho tiempo ha que el codicioso anhelo de las riquezas llena al mundo de infelices; ¡de cuantas inquietudes, de cuantos trabajos es origen la codicia! Todos quieren vivir ricos, y eso con la seguridad de que todos han de morir pobres; porque ¿qué es lo que se lleva á la sepultura?

¡Cosa extraña! raros son los que están contentos con su suerte. El que está muy elevado, todavía quiere subir mas. No hay en el mundo condicion que tarde ó temprano no canse, no fastidie; la mediana no satisface, la opulenta desasosiega. Crecen con nos-

otros nuestros deseos; quanto mas se les alimenta, mas hambrientos, mas insaciables se muestran. Es nuestra vida una interminable cadena de necias inquietudes; y por lo comun es nuestro corazon el mayor enemigo de nuestro sosiego. Esto convence claramente del vacío de los bienes criados. ¿Cuándo ha de llegar el caso de que aprendamos á tener juicio, aleccionados con nuestra propia experiencia?

Los bienes terrenos no tienen atractivo mas que cuando no se poseen; en poseyéndose, luego fastidian. Hágase en el mundo la fortuna que se quisiere; solo se piensa en la que resta por hacer. Si salen desgraciadas las pretensiones, se irritan los deseos; si salen prósperas, se encienden: tanta verdad es que nuestra ambicion es nuestro mayor tirano.

Quiérese hacer fortuna en el mundo; pero esto; cuántos desvelos, cuántas fatigas, cuántas pesadumbres cuesta! Es menester abrirse camino por medio de un monton de dificultades, de un tropel de envidiosos y de concurrentes. Preténdese ascender por la gloriosa carrera de las armas; mas para esto, ¡cuántos trabajos, cuántos peligros, cuántos sustos mortales se han de padecer! Y al fin, ¿cuál es el fruto de tantas fatigas? ¿corresponde el premio al trabajo? ¿esa fortuna vale por ventura lo que cuesta? Subióse al cabo un escalon; es menester descansar en él mucho tiempo antes de pasar á otro. El premio camina siempre con pasos perezosos, regularmente llega tarde; ¡y cuántas veces llega la muerte antes que él llegue!

Pero demos que sople tan favorablemente el viento de la fortuna, que lleguen presto los ascensos. ¿Estará por eso contento, se dará por satisfecho el corazon? ¡Ah, que la ambicion y la codicia crecen mas quanto mas logran! El que se ve sobre un elevado monte, descubre desde él mucho terreno; y olvidado de lo

que anduvo y de lo que subió, solo piensa en el término adonde aspira llegar. ¡O buen Dios, y qué caro cuesta en el mundo el derecho á un triste premio! ¡y cuántas veces todo el premio se queda puramente en el derecho y en el mérito! ¡cuántos se ven arrojados fuera del camino de la fortuna apenas ponen el pié en él! Pero lléguese en buena hora al término; este se reduce á un nuevo empleo, á un poco mas de renta, la que ya viene tan tarde, que apenas hay tiempo para gozarla.

¿Será recompensa muy sólida, será premio real y que satisfaga el hallar su nombre en la gaceta, el hacer ruido en el mundo por algunos dias, el ocupar honroso lugar en la historia de su tiempo? porque ¿qué otra cosa nos ha quedado de todos los héroes de los pasados siglos? *Periit memoria eorum cum sonitu.* Dignidades, empleos, distinciones, tesoros, grandezas mundanas, todo nos abandona al ir á tomar posesion de la sepultura. A la verdad, servir con fidelidad, con zelo á su soberano, es mérito, ó puede serlo delante de Dios; puede uno ser santo en el ejército como en cualquiera otra parte: pero si ninguna parte tiene Dios en nuestros trabajos, ¿podemos esperar que nos los premie? Siempre que se trabaja por la salvacion, se hace fortuna; pero nunca se hace cuando no se trabaja por ella. Tengamos continuamente en la memoria y en la consideracion este oráculo: *Nada trajimos á este mundo, y nada hemos de sacar de él.* ¡Buen Dios, qué remedio tan eficaz para curar la ambicion y la codicia seria esta verdad bien penetrada!

El evangelio es del cap. 20 de san Mateo, y el mismo que el dia XXVII, pág. 608.

MEDITACION.

DEL POCO CASO QUE SE DEBE HACER DE LOS DESPRECIOS DEL MUNDO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que habiendo los secuaces del mundo tratado mal á Jesucristo, sus malos tratamientos son preciosos, y sirven de mucho honor á los buenos. Nada honra tanto á los discípulos de Cristo, como tener parte en los oprobrios de su divino Maestro. *Sabed*, les decia el mismo Salvador, *que si alguno os aborrece, primero me aborreció á mí. Si fuerais del mundo, el mundo amaria lo que es suyo; mas porque yo es escogido de en medio de él, por eso os aborrece. Acordaos de lo que os dije: El siervo no es mayor que su amo; si me persiguieron á mí, tambien os perseguirán á vosotros.* Paréceme que esto es bastante, que es sobrado, no solo para consolar, sino para indemnizar y aun para recompensar con ventajas á los que el mundo desprecia. Ninguna cosa debiera parecer mas injuriosa, mas ignominiosa á un cristiano, que ser estimado, honrado y aplaudido por aquel mundo que aborreció, despreció y perseguió á Jesucristo; por aquel mundo que incesantemente se está oponiendo á su espíritu y á su doctrina. ¿Y qué habrá que temer de un mundo cuyas amenazas todas son vanas? Porque en suma, ¿qué daño nos puede hacer la mala voluntad que nos profesa? Pero aun son mucho mas frívolas sus promesas. ¿Será capaz el mundo de hacernos felices ni infelices un solo momento? Sus secuaces, que son al mismo tiempo sus esclavos, merecen ser creídos en esta parte: ¡hay siquiera uno que no esté quejoso de este imaginado dueño, que no confiese que es gran locura servirle, gastando la salud y perdiendo la vida en servicio de un tirano de quien al cabo solo se saca

amargura, dolor y cruel arrepentimiento por haberle servido? Con todo eso se le teme, se le obedece, se condesciende con sus caprichos: ¡ó locura de los hombres!

PUNTO SEGUNDO.

Considera qué cosa puede el mundo hallar que reprender en un hombre virtuoso, en un verdadero cristiano, que sirve á su Dios con puntualidad, y antepone el servicio de Dios al servicio del mundo. Censúrale de que obedece ciegamente la ley del soberano Dueño del universo, de que huye de todas aquellas diversiones en que corre peligro de padecer funesto naufragio la inocencia; censúrale de que se retira de todos los espectáculos profanos, de que se excusa de todo convite licencioso, de que es recto, sincero; regular, humilde, modesto, amigo fiel, pronto á perdonar por amor de Jesucristo las mas atroces injurias; censúrale de que con mucho juicio y prudencia prefiere la doctrina de Cristo á las insensatas y perniciosas máximas del mundo; en suma, nótales y le achaca el que haga en vida lo que á la hora de la muerte le llenaria de desesperacion si no lo hubiera hecho. Esta es la materia de las quejas del mundo, y estos los motivos de sus imaginarias desgracias. Un hombre de juicio, un hombre de bien, y un buen cristiano, ¿deberá hacer mucho caso de tan injustos desprecios? Ninguna cosa honra tanto á un verdadero cristiano, ninguna acredita mas su rectitud, su bondad y su buen entendimiento, como el ridículo desprecio que hace el mundo de este sólido y verdadero mérito. Y en vista de esto, ¿será razon temer lo que podrá decir el mundo? será razon hacerse eternamente infeliz, y condenarse, por el necio miedo de no merecer la aprobacion y la benevolencia del mundo?

¡Ah Señor, demasiadamente he sido hasta aquí el juguete y la burla de mis vanas ilusiones en este importantísimo punto! Pero confio en vuestra misericordia infinita me haréis la gracia de que me ria en adelante del menosprecio de un fantasma de amo imaginario, y que haga burla de él en lugar de que él la haga de mí.

JACULATORIAS.

Filii hominum, usquequò diligitis vanitatem et queritis mendacium? Salm. 4.

Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo habeis de amar la vanidad, y correr tras la mentira?

Vanitas vanitatum, et omnia vanitas. Eccl. 1.
Vanidad de vanidades, y todo vanidad.

PROPOSITOS.

1. Es cosa bien extraña que todos convengan en que el mundo es un embustero, y que tantos se fien de él. Tiéñense continuas experiencias de que solo sabe hacer desdichados; y con todo eso todos se apresuran, todos se exhalan por entrar en su servicio. Acaba de desengañarte de una vez para siempre de este enemigo de nuestra quietud y de nuestra salvacion; pero no quede el desengaño en mera especulacion, redúcelo á la práctica. Huye de las concurrencias grandes del mundo; y cuando la necesidad te obligue á asistir á ellas, sea siempre con precaucion, como quien entra en pais enemigo. Retirate de las reuniones mundanas, de aquellas peligrosas diversiones en que la profanidad hace ostentacion de lo mas engañoso que tiene; y por mas instancias que te hagan, no asistas á ellas mientras no estés bien persuadido de que no sentirias te cogiese la muerte en medio de esos espectáculos.

2. A ninguno faltan salidas y razones para execu-

sarse de entrar en un negocio que prevee no le ha de tener cuenta. Pues válete de las mismas para negarte á los saraos, á los convites, á las fiestas profanas, en que la razon, la Religion y la experiencia te enseñan que siempre padeces considerables pérdidas. No te dejes arrastrar hácia el precipicio por una mala vergüenza, por un ridiculo respeto humano. No digas: *Yo estaré prevenido*; y ten presente en la memoria aquel oráculo infalible: *Quien ama el peligro perecerá en él.*

DIA VEINTE Y NUEVE.

SAN EUSTASIO, ABAD DE LUXEUIL.

San Eustasio, discípulo de san Columbano, y su inmediato sucesor en la famosa abadía de Luxeuil, era de una de las casas mas nobles de Borgoña. Nació hácia el fin del siglo sexto. Túvose gran cuidado de su educacion, y correspondió el fruto al cultivo. Encargóse de ella san Miet, tío de Eustasio, y obispo de Langres, viendo la bella indole, el excelente ingenio y la natural inclinacion á la virtud del devoto niño. Hizo este grandes progresos, así en las letras humanas como en la importante ciencia de la salvacion, con el magisterio de tan insigne maestro. La piedad que mostraba en una edad en que apenas se conoce lo que es religion, dió á entender que no gozaria el mundo mucho tiempo de un jóven del cual no era digno. Descubriendo Eustasio cada dia mas y mas los peligros del siglo, resolvió buscar en el desierto lo que no hallaba en el tumulto del mundo; y mostrándose insensible á las engañosas esperanzas con que le lisonjaban su noble nacimiento y sus extraordinarias

prendas, solo pensaba en retirarse de tanto riesgo y embuste.

Habia dos ó tres años que Columbano, monje irlandés, habia pasado á Francia, buscando en aquel reino un desierto escondido, donde olvidándose de sus parientes y de su patria, pudiese contentar las fervorosas ansias de pasar la vida en rigurosa penitencia. Retirado, pues, á los desiertos de los montes Vosges, en aquella parte de la Borgoña que hoy se llama el Franco Condado, fundó el famoso monasterio de Luxeuil, que por muchos siglos fué seminario de santos, y donde desde sus principios se contaron hasta seiscientos monjes, cuya mayor parte se hizo venerar por su eminente virtud, y muchos tambien por el don de los milagros.

Fué Eustasio uno de los primeros que se alistaron bajo la disciplina de san Columbano. Honró mucho el discípulo al maestro. El amor á la oracion, la inclinacion á la penitencia y el zelo por la observancia, le hicieron desde luego respetar como acabado modelo de la perfeccion religiosa. Su ejemplo inspiraba fervor; y en poco tiempo se admiró vivamente copiada en el nuevo monasterio la santidad de los monjes del Oriente. No duró mucho la calma. Ofendidos la reina Brunequilla y su nieto Tierri, rey de Borgoña, del apostólico zelo con que san Columbano reprendia sus escandalosos desórdenes, le echaron del monasterio de Luxeuil, y le quisieron obligar á que se volviese á Irlanda. Como Eustasio vió expuesto el monasterio á las violencias de los ministros de Tierri, se retiró con san Galo á los estados de Teodoberto, rey de Austrasia, que los tomó bajo su protección.

En este medio tiempo se habia ya embarcado en el puerto de Nantes san Columbano por obedecer á Tierri; pero una tempestad le volvió á arrojar á las